

«*TERRA DESERTA, ET INVIA, ET ANAQUOSA...*»: LA BAJA CALIFORNIA  
IMAGINADA EN LAS FUENTES ESCRITAS DEL PERÍODO  
MISIONAL JESUÍTICO (1697-1768)<sup>1</sup>

María del Mar MUÑOZ GONZÁLEZ  
*Universidad Pablo de Olavide*

«Terra deserta, et invia, et anaquosa» (Baegert, 1942: 29), con estas palabras del Salmo 62 quiso el misionero jesuita Juan Jacobo Baegert describir aquella California que se rebeló contra los intentos de domesticación de los misioneros jesuitas.

**1. CARACTERÍSTICAS GEOGRÁFICAS DE LA PENÍNSULA DE BAJA CALIFORNIA**

La península de Baja California es una angosta lengua de tierra donde el clima es extremadamente árido (Rubio i Mora, 1991: 49). A esto hay que añadir que el abrupto relieve no permite unos cursos de agua de considerable

1 Citar como: MUÑOZ GONZÁLEZ, María del Mar. «*Terra deserta, et invia, et anaquosa...*»: La Baja California imaginada en las fuentes escritas del período misional jesuítico (1697-1768)». En: MONTOYA RAMÍREZ, María Isabel; SORROCHE CUERVA, Miguel Ángel (eds.). *Espacios de tránsito. Procesos culturales entre el Atlántico y el Pacífico*. Granada: Editorial Universitaria, 2014, págs. 25-42 [<http://hdl.handle.net/10481/35090>]

caudal lo que ha provocado auténticos desiertos en algunas planicies de la costa occidental y sólo permite la práctica de la agricultura en algunos de sus valles, especialmente en el sur de la península (Rubio i Mora, 1991: 49). Ni el medio geográfico californiano ni su climatología acompañaron a aquellos primeros jesuitas en sus ‘tareas de evangelización’.

## 2. NOTAS BREVES SOBRE SU CONQUISTA Y OCUPACIÓN

La primera noticia sobre California se la debemos a Hernán Cortés. Una vez pacificado México pensó en prolongar hacia el Norte sus conquistas para conocer tierras nuevas (Bayle, 1933: 12). Las preocupaciones de Hernán Cortés, tal y como dice en su tercera carta de relación a Carlos V (1522), eran las de buscar las costas del Mar del Sur para luego armar una expedición que fuera a Las Molucas (Rubio Mañe, 1983: t II. 246 citado en Messmacher, 1997: 22). Existía la necesidad de encontrar los estrechos que comunicaran al Atlántico con el Pacífico; al Mar del Norte y al del Sur. Decía Cortés al respecto:

«que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegación de las Indias, han tenido por muy cierto que, descubriendo por estas partes la Mar del Sur, se había de hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas, y se habían de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables» (Cortés, 1981: 163 citado en Messmacher, 1997: 22-23).

Transcurrido el tiempo, a finales del siglo XVIII la obra realizada por los jesuitas comprendió la fundación de dieciocho misiones, distribuidas desde la parte más austral de la península, hasta el paralelo 28° (Aguilar Marco, 1991: 43-70). La tarea misional tenía una finalidad específica: procurar la evangelización de los indios californios, lo que era del interés de los padres jesuitas, pero también de la monarquía. Empresa que debería conducir a la expansión del Estado monárquico y al establecimiento de un aparato de gobierno dependiente, en última instancia, de las autoridades centrales del Virreinato. Lo peculiar de la situación consistía en que tanto la responsabilidad de la evangelización de los indios como la del debido establecimiento del poder real, habrían de recaer en los misioneros de la Compañía de Jesús (Del Río, 1999: 62).

La península de Baja California fue fundamental en momentos de aprovisionamiento de los navíos en tornaviaje procedentes de Filipinas (ya hicieran parte de la Flota Real o de las naves de contrabando). Es por esta razón por la que desde un principio el descubrimiento de la California o Californias y los posteriores intentos de colonización estuvieron explícita e implícitamente enmarcados en consideraciones de carácter estratégico, las cuales generalmente desbordaban los intereses particulares de un desarrollo local y se proyectaban tanto en el nivel mundial como en el nivel continental (Messmacher, 1997: 22; López Sarrelangue, 1968: 1-67).

El paisaje de California estuvo compuesto fundamentalmente por las misiones. Estas estaban muy dispersas por las condiciones medioambientales, por ello se organizaban como centros de actuación administrativa y productiva formando verdaderos 'oasis'. En torno a ellas aparecían las rancharías como puestos intermedios que ocasionalmente contaban con población sedentaria (Messmacher, 1997: 330). La búsqueda de tierras apropiadas para la agricultura fue incesante durante el periodo misional jesuítico (Del Río, 1984: 63). Cuando los misioneros hacían recorridos de exploración la búsqueda de tales lugares y su registro eran práctica de suma importancia.

El objetivo jesuítico de integración de los indígenas a los modos y normas de vida cristianos fracasó en Baja California a causa de las limitaciones que el medio geográfico impuso. El número de neófitos que podía albergar una misión tenía relación con la disponibilidad de comida y la sedentarización. La California jesuítica se caracterizó por la inestabilidad de sus núcleos misionales de población, constantemente desintegrados y recompuestos por el sistema de visitas alternadas (Del Río, 1984: 137). Sabiendo lo que para el proyecto misional significaba la agricultura, el conocimiento directo del medio físico peninsular les permitió desde el principio advertir que no les sería posible aprovechar para los cultivos sino cortas y aisladas extensiones de tierra, debido fundamentalmente a la falta de agua (Del Río, 1984: 133-134).

La gestión de los escasos recursos hídricos que tenían las misiones tuvo como resultado el establecimiento de una economía de oasis. Las aisladas fundaciones jesuitas florecieron en torno a las fuentes de agua preexistentes. En este sentido, es claro que la colonización misional que promovieron los misioneros jesuitas, se localizó en parajes de la península donde se hallaban nichos con ecosistemas más propicios para la ocupación humana. De ellos ya se apro-

vechaba la población autóctona y siguiendo este modelo, también de ellos se sirvieron los religiosos jesuitas para establecer las misiones.

### 3. LA VISIÓN PREJESUÍTICA DE CALIFORNIA: EL MITO

En el caudal de información que se manejaba en la España de principios del siglo XVI, resultaba difícil discernir lo que era real de lo que era fantasía. En la novela de Garci Rodríguez de Montalvo [Las Sergas de Esplandián (Giráldez, 1994: 183-196), el libro V de Amadis de Gaula] publicada en 1510, se decía que California era una isla:

«a la diestra de las Indias [...] muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras sin que algún varón entre ellas hubiere, que así como las amazonas era su estilo de vivir [...] moraban en cuevas muy bien labradas y tenían muchos navíos en que salir a otras partes a hacer sus cabalgatas, y los hombres que prendían llevándolos consigo, dándoles las muertes que adelante oiréis [...]» (Messmacher, 1997: 24).

En aquella mítica isla de la California vivían esa especie de amazonas rodeadas de lujo, ricamente ataviadas con vestidos fastuosamente enjaezadas. Allí se enseñoreaba la Reina Calafia que surgió del mar armada de oro y perdería (Mathes, 1991: 50). Estos datos debieron influir en Cortés a la hora de bautizar el nuevo territorio (Díaz, 1986: 34-35). Así pues, el nombre de California nace de la influencia de los libros de caballería (Díaz, 1986: 35). Los descubridores españoles, recién salidos de la Baja Edad Media, bautizaron como California a este territorio en recuerdo de aquella isla de leyenda.

A esta legendaria historia hay que sumar otras narraciones fabulosas surgidas del largo y difícil viaje de regreso desde las Filipinas. Los navegantes insistieron en la necesidad de localizar las fabulosas islas Rica de Oro y Rica de Plata que habían sido señaladas al este de Japón según Urdaneta (Mathes, 1997: 25).

Algunos de estos mitos sobrevivieron en el tiempo y se combinaron con los informes que navegantes españoles hicieron, esta es una de las razones por las que hasta el siglo XVIII en las cartas geográficas se consideraba que California era una isla, a pesar de que en 1532 Nicolás Cardona la había considerado como una península (Messmacher, 1997: 24). Se podría decir que pocos eran los datos ciertos que se tenían sobre las Californias y bastantes más eran las

cábalas. La vaguedad de las noticias ciertas daba pie a las imaginadas y todos hablaban de California sin fundamentación cierta (Bayle, 1933: 21).

#### 4. SOBRE LA IMAGEN DE LA BAJA CALIFORNIA RECREADA EN LOS ESCRITOS DEL PERÍODO MISIONAL JESUITA

Desde siempre la Baja California impresionó por la singularidad de su paisaje a misioneros, viajeros y cronistas (Clavijero, 1970: 11-12 citado en Díaz, 1986: 19). En la consulta de 12 de Mayo de 1774 «quiso el Consejo [de Indias] enterarse de raíz e instruirse fundamentalmente de aquel país que ha dado tanta materia a las plumas sobre si es isla o tierra firme, y sobre otros asuntos, como el de su esterilidad o abundancia, más o menos extensión y otras cosas que tocan muchos y ninguno ha apurado». Durante dos largos siglos California había sido asunto de muchas incoherencias, contradicciones y de muy encontrados pareceres (Bayle, 1933: 11).

La Compañía de Jesús elaboró un discurso californiano propio y peculiar. Los misioneros-cronistas (y sin ser su intención, también historiadores) querían escribir crónicas 'creíbles' más que verdaderas. Esta es la causa de la evolución de forma y contenido que se descubre entre las primeras cartas de Salvatierra editadas por jesuitas en México al finalizar el siglo XVII (en los inicios de la conquista espiritual de California) y las historias de los ignacianos exiliados, escritas en el último tercio del siglo XVIII en España, Italia o Alemania (Bernabéu Albert, 2001-2003: 163).

Las fuentes primarias impresas han permitido un análisis propicio sobre el tema que nos compete. De todas las fuentes que hemos consultado hay que destacar la obra de Miguel del Barco, *Historia natural de la Antigua California* (Del Barco, 1989), dado que ofrece una riquísima información sobre los vínculos de interacción de los grupos indígenas con su medio ambiental (mediante la recolección de frutos) y también sobre los intentos de implantación de los primeros cultivos por los misioneros jesuitas. Es además una fuente de primer orden por la cantidad de datos etnográficos que ofrece sobre alimentación, vestimenta, parentesco, rituales, creencias, idiomas, etc.

También hemos tenido la oportunidad de revisar obras clásicas como las de Miguel Venegas (Venegas, 1944), Juan Jacobo Baegert (Baegert, 1942), Francisco Xavier Clavijero (Clavijero, 1852/1970) o Juan María Salvatierra (Salvatierra, 1946).

Los primeros informadores (soldados y misioneros) tuvieron una visión optimista y positiva de la tierra de California y de sus gentes. Es por esta razón por la que no dudaron de los logros que alcanzaría su proyecto. En palabras del fiscal Don José de Espinosa en Carta de 1702, la implantación de las misiones sería muy beneficiosa para la Corona Hispana por:

«ser la Isla California, aunque muy prolongada, capaz de su comprensión en pocos años, de admirable temple sus provincias, por hallarse desde la parte, que mira al sur en veinte y tres grados de altura, y la que mira al norte en cuarenta y cinco, regulares los tiempos, fertilísima en ganado y frutos de la tierras. Sus infieles habitantes vivísimos y muy capaces; en extremo abundantísima en perlas por las costas que miran al oriente» (Carta del fiscal Don José de Espinosa, 16 de Mayo de 1702).

Francisco María Pícolo es un claro ejemplo de esa actitud que sin duda alguna contribuyó a dar a los misioneros jesuitas el ánimo necesario en las primeras adversidades (Del Río, 1984: 80). Y es que uno de los objetivos que tenía la transmisión de una California favorable, rica y fértil era el de fomentar la vocación misional a favor del territorio y de la Orden. También servía para incentivar y atraer la donación privada y, sobre todo, convencer a la Corona de que su apoyo en esta campaña misional supondría un cuantioso beneficio a largo plazo. Pícolo escribió las siguientes palabras:

«En las playas en tiempo de verano es recio de calor y llueve poco, pero adentro el temperamento es benigno y templado hay calor a su tiempo, en el tiempo de las aguas llueve muy bien como en todas partes y fuera de las lluvias a sus tiempos, es tan copioso el rocío de las mañanas, que parece lluvia con tan continuo y abundante riego los campos agradecidos están todo el año vestidos de muy buenos pastos, [...]. Hay muy grandes y espaciosa llanadas, hermosas vegas, valles muy amenos, muchas fuentes, arroyos, ríos muy poblados en las orillas de muy crecidos sauces, entretejidos de mucho y espeso carrizo y muchas parras silvestres. Tierra tan fértil había de llevar frutos» (Carta de Francisco María Pícolo, 10 de Febrero de 1702. Ésta y las dos citas siguientes también las podemos encontrar en la obra de compendio documental: Pícolo, Francisco María (1962) *Informe del estado de la Nueva Cristiandad de California, 1702*, Edición, estudio y notas por Ernest J. Burrus, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas).

También ensalza la vegetación existente en la península convirtiendo, lo que para unos fue el infierno, en un auténtico paraíso terrenal en el que fructificaban las plantas más hermosas en las que crecían los más dulces y sabrosos frutos:

«[...] los cerros están llenos de mezcales todo el año y por mucha parte del año están llenos de hermosas, grandes y varias pitahayas y tunas coloradas, hay copia de árboles, a quienes los chinos por el conocimiento que tienen de los que hay en su tierra llaman Palo Santo: estos dan para el sustento una frutilla en abundancia y sudan incienso muy bueno, también hay muchos frijoles colorados que cogen los naturales y de que hacen gran provisión para comer, tienen para este fin más de [catorce] géneros de semillas como es cañamón, el alpiste [&] de lo mismo les sirve las raíces, hay grande abundancia de yuca; que es su pan cotidiano, hay cumotes muy buenos y dulces y apenas hay raíz de plantas y árboles de que no saquen mantenimiento para que no les faltara a los californios el dulce, que con tantos artificios y trabajo se hace por acá les provee el suelo de él en abundancia en los meses de abril, mayo y junio en el rocío, que cae por este tiempo en las hojas anchas de los carrizos, donde se cuaja y endurece, cogen mucho de él lo he visto yo y comido; en el gusto tiene las dulzuras del azúcar y solo se diferencia en el viso que lo hace oscuro, también hay abundancia de parrales silvestres hacia los ríos como queda dicho» (Carta de Francisco María Pícolo, 10 de Febrero de 1702).

Y si la tierra era fértil para los vegetales autóctonos también lo era, según Pícolo, para la implantación de siembras más propias de Europa o de la Nueva España. Para este misionero los frutos de sus primeras plantaciones experimentales auguraban la obtención de cuantiosas y buenas cosechas a corto y medio plazo, ya que no sólo se contaba con una tierra fértil sino también con una población dispuesta a colaborar sin reparo alguno en las labores agrícolas:

«De todos estos frutos, que por sí lleva la tierra se conoce su gran fertilidad y mejor se reconoce por los frutos de esta tierra que los ha recibido y vuelto con extraordinario logro se ha sembrado el maíz, el trigo, garbanzo, lenteja y frijol, y de todo se ha cogido mucho al respecto de lo poco que de todo se ha sembrado por no tener instrumentos para cultivar la tierra, ni ayuda de gente ni de quien lo entienda, ni más tiempo que el corto que queda del empleo del cultivo de las almas de estos pobres y para alivio de nuestra pobreza como para experiencia sembré un poco de maíz sin haber podido disponer la tierra más

que una mula y un mal arado y se dio muy bien acudiendo a más de lo que acude en estos reinos, y lo mismo fue el frijol, de que se cogió bastante, y a la imitación algunos californios sembraron un poco de maíz sin ningún cultivo, y lo cogieron; con el trigo que se ha sembrado por pruebas se ha cogido, y se han hecho las ostias: es tan fértil la tierra que sembré calabazas, melones y sandías y se dieron de extraordinaria grandeza y unas mismas plantas en un año dieron tres veces fruto todo esto promete abundancia de fruto cuando haya gente que cultive la tierra y se aproveche de su fertilidad y abundancia de aguas de que puede haber con muy poca diligencia y muy buenas tomas en cuantos frutos como lleva la tierra en las plantas puede ya muy bien gozar los créditos de fértil y abundante [...]» (Carta de Francisco María Pícolo, 10 de Febrero de 1702).

Al igual que Pícolo, otros misioneros llegados a la península apreciaron una realidad física y humana que se presentaba ante ellos a través del lente del optimismo. Baste añadir el ejemplo del padre Ignacio María Nápoli (Del Río, 1984: 81) quien, en el año 1721, describió a la región situada al sur de la bahía de La Paz como una tierra en la que había «numerosos y cuantiosos arroyos, ríos, valles muy grandes y buenos»; que en aquellos sitios podía hacerse «fructificar bastantísima copia de maíz, trigo y cuanto se sembrara», que un solo paraje de los descubiertos bastaría «para nutrir muchísimo ganado así mayor como menor», que, en fin, sería fácil formar en tales partes «hermosísimas villas y alguna ciudad muy grande».

Este imaginario de una tierra amable y fértil no sólo se recreó en las fuentes escritas, también lo podemos encontrar en la obra pictórica de Ignác Tirsch que reafirmó la imagen idealizada de la Baja California. Para algunos investigadores Tirsch, además de legarnos su curiosa obra pictórica, también llevó a cabo auténticas observaciones científicas sobre la fauna y flora.

Si repasamos los escritos sobre la California en el siglo XVIII, redactados tanto en el Viejo como Nuevo Mundo, encontramos las más extremas interpretaciones desde el paraíso divino al infernal desierto. Podemos leer junto a las alabanzas a la naturaleza, juicios tan negativos sobre el indígena californio como los escritos por el italiano Ferdinando Galiani en una carta fechada el 12 de octubre de 1776. Según este abate, el indio de California era un verdadero bruto y ni siquiera un hombre propiamente sino «le plus espiègle, le plus malin et le plus adroit des singes» (el más despierto, el más astuto y el más hábil de los monos) (Gerbi, 1982: 154 citado en Bernabéu Albert, 2001-2003: 164).



Los misioneros encontraron que la Baja California 'oponía cierta resistencia' medioambiental. Así fue sintetizado por Baegert:

«si quisiera dar un resumen de la descripción de California (de la que en tono de broma se suele decir que de los cuatro elementos sólo le han tocado en suerte dos, o sean el aire y el fuego), podría decir con el profeta en el Salmo 62, que este país es un desierto sin agua e intransitable, debido a tanta piedra y espinas, terra deserta, et invia, et anaquosa, o, en otras palabras, una extensa roca que emerge del agua, cubierta de inmensos zarzales y carente de hierbas, praderas, montes, sombras, ríos y lluvias» (Baegert, 1942: 29).

Desde fechas muy tempranas comienzan a aparecer en los documentos críticas y versiones muy negativas sobre la realidad bajacaliforniana. La soldadesca destinada para la protección y amparo de las misiones, cuya opinión estaba muy alejada de esa candidez espiritual de los primeros misioneros jesuitas, clamaban por la dura situación a la que se veían expuestos: «petición que dieron el ayudante sargento y demás ynfantería repressetando la enfermedad que padezçían los soldados mal temperamento y esterilidad de la tierra» (Tomás de la Cerda y Aragón, Marqués de Paredes, virrey de la Nueva España al Rey, 3 de septiembre de 1685). Pero pese a esa desazón inicial, las fuentes nos dejan ver que también se esperanzaron en ciertos momentos por el descubrimiento de buenas y fértiles tierras: «Tengo entendido, señor, que se dize ser la tierra de las Islas mala y estéril. A lo qual se satisfaze con la certeza de que no la penetración pues fue muy poco lo que la anduvieron y ay noticia, participa la isla de buenas tierras y aguajes» (El Obispo de Guadalajara al Rey).

La imagen de un verdadero páramo es la que, en el siguiente pasaje, ofrece Miguel del Barco:

«puede decirse en general que su temple es seco y caliente con exceso, y que la tierra es quebrada, áspera y estéril, cubierta casi toda de tierras, pedregales y arenas inútiles, escasa de lluvias y de manantiales, y por eso poco a propósito para ganados y del todo inepta para siembras y árboles frutales si no hay agua con qué regarlos con frecuencia» (Del Barco, 1989: 43 citado en Del Río, 2003: 97).

Pero fue el misionero jesuita alsaciano Juan Jacobo Baegert, calificado por Gerard Decorme como el más realista de los jesuitas que escribieron sobre California (Decorme, 1941: Vol. II, 541 citado en Del Río, 1989: 81-82), el que en sus textos mostró una crítica más feroz y mordaz sobre el clima, los terrenos y la fertilidad de la Baja California. Los escritos del mencionado misionero estuvieron condicionados por su labor en San Luis Gonzaga (donde estuvo desde 1751), que no era aquella tierra fértil y amena descrita por Píccolo, sino un desolado territorio donde las «duras piedras, sin tierra, ni agua, no producen nada por sí solas». La descripción de las montañas fue muy precisa y en lo que respecta a la pedregosa orografía señaló con cierta sorna que «parece que a más del diluvio universal de agua hubo en aquella península otro particular de piedras» (Baegert, 1942: 24 citado en Díaz, 1986: 20).

Baegert no evita utilizar el sarcasmo y la broma para expresar su descontento con la improductividad de los terrenos de la misión y la consecuente escasez de alimentos:

«Querer sembrar y cultivar las subsistencias de la vida en estos terrenos, resultaría igual a querer desteñir la cabeza de un mono y perder tiempo y trabajo. Por eso, es indispensable conseguir en otra parte el pan para el puñado de españoles que viven en la California, pues de lo contrario, ellos tienen que aprender a comer la carne, si es que la tienen, sin pan. Y los californios se ven forzados a sufrir hambres negras o enfrentarse a una escasez espantosa» (Baegert, 1942: 31-32).

Confesaba dicho religioso que no comprendía cómo otros observadores habían dado esa visión tan distinta a la que él había podido apreciar:

«ni yo ni nadie de los que vivieron en California nos hemos podido explicar cómo fue posible que otros hayan podido elogiar tanto esta península y hacer de ella el país más hermoso de la tierra. ¿Soñaron quizás con su patria? ¿Estuvieron bajo el encanto de una visión del paraíso? ¿Tuvieron lentes de aumento ante sus ojos al escribir sus informes? ¿Hubo tal vez en California una época como la de los siete años de abundancia del Egipto o como la de los tiempos de oro de los que suelen fantasear los poetas? ¿O, finalmente, quedó California cambiada por completo, transformándose en un país totalmente distinto?» (Baegert, 1942: 225-226).

En las impresiones de Juan Jacobo Baegert aparecen con frecuencia comparaciones entre California y Europa. El misionero era muy consciente de las limitaciones de la tierra de su misión en cuanto a recursos naturales, sobre todo de la escasez de agua y de madera. Aun así, en ciertos momentos, su visión cargada de derrotismo, dejaba entrever ciertas notas de afabilidad hacia las misiones:

«California es, según mi parecer y experiencia, un país sano, y en cuanto a clima, agradable. Un cielo azul y sereno durante casi todo el año, y a todas horas del día y de la noche, una sequedad general y eterna, así como una brisa perpetua que limpia la atmósfera. Estas tres cosas parecer ser benéficas para la vida y el cuerpo humano» (Baegert, 1942: 22).

Son también sumamente elocuentes las referencias que hace el padre Francisco Javier Clavijero en su obra. Buscó razones para explicar tan singular naturaleza y detectó variaciones en ciertas zonas. La singularidad del paisaje se expresa en conceptos como (Díaz, 1986: 19):

«El aspecto de la California es, generalmente hablando, desagradable y hórrido, y su terreno quebrando árido, sobre manera pedregoso y arenoso, faltar de agua y cubierto de plantas espinosas donde es capaz de producir vegetales, y donde no, de inmensos montones de piedras y arenas.

El aire es caliente y seco, y en los dos mares perniciosos a los navegantes, pues cuando se sube a cierta latitud ocasiona un escorbuto mortal, los torbellinos que a veces forman son tan furiosos, que desarraigan los árboles y arrebatan consigo las cabañas. Las lluvias son tan poco raras que si en el año caen dos o tres aguaceros, se tienen por felices los californios. Las fuentes son muy pocas y escasas.

En cuanto a ríos no hay ninguno en toda la península, aunque son honrados con ese nombre dos riachuelos de Mulegé y San José del Cabo [...]» (Clavijero, 1970: 11-12 citado en Díaz, 1986: 19-20).

Fue esta visión negativa la que finalmente se impuso sobre todas las demás. Quizás porque era la más fiel a la realidad que encontraron los misioneros jesuitas al intentar asentarse, o porque la táctica de ofrecer una California idealizada ya no funcionaba para atraer y conservar el apoyo de la Corona y de los donantes, o porque al ser los textos redactados en el exilio era inútil intentar

presentar una California afable y rica, ya que sólo serviría como justificación para aquellos que pretendía culpar a la Compañía de Jesús de la apropiación de territorios para enriquecerse con su explotación.

## 5. A MODO DE CONCLUSIÓN

Si existe un objetivo que subyace bajo todo el engranaje de la maquinaria misional es el de establecer las bases económicas sobre las que asentar el posterior desarrollo del proyecto jesuítico (Messmacher, 1997: 249). Para ello necesitaban unos ingresos, ya fuesen fijos (procedentes de las donaciones) o eventuales que «consistían en lo que el suelo producía por aquí y por allá después de muchos trabajos, y fatigas, así como en el ganado» (Baegert, 1942: 161).

Es por esta razón por la que las primeras noticias que se tienen de las misiones y exploraciones jesuíticas tienen un cariz esperanzador y positivo. Pretendían ante todo mostrar como una empresa absolutamente factible y beneficiosa el establecimiento en tierras californianas. Este entusiasmo inicial daba una visión sobreestimada de los recursos ofrecidos por la naturaleza y de la posibilidad que había de explotarlos en beneficio del proyecto misional.

Esta percepción positiva del entorno californiano persistió hasta que llegaron otros misioneros menos inclinados a la idealización o quizá menos motivados a caer en ella (Del Río, 1984: 81-82). Esta es la razón por la que la información que hemos podido estudiar de estas obras es considerablemente parcial y, a nuestro parecer, tenía la clara finalidad de mostrar la ‘cara más amable’ de la California jesuítica.

Es importante resaltar que la mayoría de las obras citadas tienen su fecha de publicación posterior a la expulsión de los jesuitas de los territorios de la Corona Española (1767), por lo que parece claro que en ese momento tenían una finalidad explícita de rebatir las acusaciones que se habían ido vertiendo sobre el ‘sospechoso’ funcionamiento de la Compañía de Jesús y sus misiones.

Tanto la descripción de Baegert, como la de otros jesuitas como Clavijero (que no llegó a pisar la Península Californiana), tenían como fin demostrar que cuanto se había difundido acerca de las actividades de la Compañía, acusada de explotar las cuantiosas riquezas de la península en su beneficio, era pura difamación pues no había lugar en Nueva España más árido y desprovisto (St. Clair Segurado, 2005: 118-119). La imposibilidad de obtener cosechas suficientes y la consecuente dispersión y retorno a las actividades recolectoras

de los indígenas, frustraba todo intento de sacar adelante el proyecto misional de la Compañía de Jesús.

La Carta del Padre Provincial de la Compañía de Jesús de Nueva España, Cristóbal Escobar y Linares, de 1745 así lo expone:

«Estuvo la California en opinión de tierra fértil y rica, hasta que mejor se penetraron sus senos, valles y serranías, y solo en la costa que mira a tierra firme, se han hallado plazer de perlas a que se siñe toda su abundancia, en lo demás es Paiz todo pedregoso, y esterilísimo, pues apenas, se halla tierra legítima, y la maior parte es arenisca, carece en grandes tramos de aguas dulces, que haze penoso, y más en Verano el tragin ordinario; y siendo escasissimas las lluvias, es la Provincia mui seca, y caliente causa de su increíble esterilidad. De aquí resulta que no se han podido reducir a vivir con permanencia en pueblos a los Yndios, porque, ni ai en que ocuparlos, ni ai con que mantenerlos y assi es presiso dexarlos vaguear por los montes, en donde buscan con las fructillas silvestres el mantenimiento, que no hallan en los pueblos, y porque ni aun estos puede suministrar un parage por esto de meses en meses, ban peregrinando por las serranías, para adquirirlo, y los misioneros, se ven obligados a contentarse de que los Domingos en partidas asignadas por su turno, acudan a la Yglesia para oír missa, sermón y doctrina, y aun estos días, es presiso proveerlos de comida porque ellos nada tienen. [...] Esto he querido referir para que conste que el prudente arbitrio, que la citada zedula apunta, que en otras partes ha sido mui útil, y de buenos efectos de formar poblazones de españoles ia en los puertos, ia en el centro de la California, que amansen y redusgan a policía a los Yndios, y sean de resguardo a los misioneros en las sublevaciones, no tiene cavida en esta Provincia, porque no produce frutos proporcionados, para conservar estas poblazones pues no es suficiente su producto a mantener los mismos Naturales» (Carta del provincial de la Compañía de Jesús de Nueva España, Cristóbal Escobar y Linares, 30 de noviembre de 1745).

Las misiones en Baja California fueron, por tanto, el paraíso para unos y el mismísimo infierno para otros. Un paraíso benigno, afable y propicio en el que habitaban comunidades dispuestas a la evangelización frente a un infierno desértico, adverso, rocoso en el que habitaba el propio Demonio en forma de chamanes. El desierto mutaba de significado: era y no era infierno y paraíso, era y no era refugio del Diablo y espacio teofánico por excelencia; era y no era tierra infecunda y plancha de oro (García y Bernabéu, 2011: 140).

Según el investigador Salvador Bernabéu Albert los misioneros del norte de México y California tomaron como referencia a los primitivos santos cristianos que se refugiaron en el desierto, morada por excelencia del Diablo y las tentaciones (Bernabéu Albert, 2001-2003: 166). El desierto por tanto se convirtió tanto en espacio temido como en el medio idóneo en el que evangelizar y 'luchar contra el pecado'. Pretendían los jesuitas una suerte de mimesis entre los primitivos anacoretas y su labor misional.

Los textos que hemos intentado analizar, ya fuesen de soldados o de misioneros jesuitas, no son más que una de las múltiples visiones (aunque si las únicas que nos han llegado) de la Baja California en el siglo XVIII. Los misioneros jesuitas construyeron sus propias visiones como resultado de numerosas herencias y mestizajes, si bien hay que afirmar que el elemento predominante y cohesionador fue el Catolicismo contrarreformista o postridentino (Bernabéu Albert, 2001-2003: 162).

Estos misioneros jesuitas, mayoritariamente europeos (españoles, italianos y alemanes) cuyas referencias teóricas y retóricas sobre el desierto emergen de la tradición bíblica y cristiana (García y Bernabéu, 2011: 141, 157-164), no negaron ser hijos de su contexto histórico. Sus palabras quedaron impregnadas del sentido de su misión evangelizadora, de las añoranzas de sus países de origen, de sus extrañezas por estar en tierras desconocidas, de sus fortalezas y debilidades personales por la que se veían sobrepasados y, sobre todo, de sus intenciones explícitas e implícitas. Sus textos están llenos de imprecisiones que dificultan y entorpecen tener una visión acertada de la labor misional de la Compañía de Jesús en Baja California y de las comunidades que allá coexistían, pero esas mismas imprecisiones son las que enriquecen, matizan y dan humanidad a la historia bajocaliforniana... quizás llevaba razón el maestro Bloch al escribir que «en el lenguaje, las potencias del sentimiento rara vez favorecen la precisión» (Bloch, 2000: 164).

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Marco, J. L. et al. (1991) *Misiones en la Península de Baja California*, México D.F., Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Baegert, J. J. (1772) *Noticias de la península americana de California*. Con introducción por Paul Kirchhoff, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1942.

- Bayle, C. (1933) *Historia de la Baja California*, Madrid, Editorial Razón y Fe.
- Bernabéu Albert, S. (2001-2003) «California, o el poder de las imágenes del discurso y las misiones jesuitas», en *Contrastes: Revista de Historia Moderna* 12, págs. 159-186.
- Bernabéu Albert, S. (2008) *Expulsados del infierno. El exilio de los misioneros jesuitas de la península californiana (1767-1768)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Clavijero, F. J. (1789) *Historia de la Antigua o Baja California*. Traducida del italiano por el presbítero don Nicolás García de San Vicente; México: Imprenta de Juan R. Navarro, editor; 1852. También se puede consultar la edición de Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, 1970.
- Cortés, H. (1522) *Cartas de relación de Hernán Cortés*, México, Porrúa, 1981.
- Decorme, G. (1941) *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial 1572-1767. Compendio Histórico; Tomo II: Las Misiones*, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos.
- Del Barco, M. (1770) *Historia natural de la Antigua California*. Introducción y notas de Miguel León-Portilla, Madrid, Historia 16, 1989.
- Del Río, I. (1974) «Población y misiones de Baja California en 1772. Un informe de Fray Juan Ramos de Lora», en *Estudios de Historia Novohispana*, N.º 5, págs. 1-33. [URL: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ehn/article/view/3245> (Última consulta: 20/08/2013)]
- (1984) *Conquista y aculturación en la California Jesuítica 1697-1768*. México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Historia Novohispana/Número 32; México.
- (1999) «Ambigüedades y contradicciones de un régimen de excepción: los jesuitas y el gobierno de la provincia misional de California» en Negro, Sandra y Marzal, Manuel M. (coord.) (1999) *Un reino en la frontera. Las misiones jesuitas en la América colonial*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Ediciones Abya-Yala, págs. 97-113.
- (2003) *El régimen jesuítico de la Antigua California*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Díaz, M. (1986) *Arquitectura en el desierto: misiones jesuitas en Baja California*, México, UNAM.
- Díaz y de Ovando, C. (1997) «Baja California en el mito», *Meyibó*, México, Centro de Investigaciones Históricas, UNAM-UABC, 1997. [URL:

- [http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18\\_1/apache\\_media/2GPGXQ48LD2FBV86LT1SNHLRJGYS7N.pdf](http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/2GPGXQ48LD2FBV86LT1SNHLRJGYS7N.pdf) (Última consulta: 20/08/2013)]
- García Redondo, J. M.<sup>a</sup> y Bernabéu Albert, S. (2011) «Dorsal de espejismos. El inestable desierto californiano en el imaginario jesuita», en Trejo Barajas, Dení, *Los desiertos en la historia de América. Una mirada multidisciplinar*, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo – Universidad Autónoma de Coahuila, págs. 137-168.
- Gerbi, A. (1982) *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Giráldez, S. C. (1994) «Las sergas de Esplandián, Granada, Constantinopla y América: la novela caballeresca como portavoz de la modernidad» en *Semiótica y modernidad. Actas del V Congreso internacional de la Asociación Española de Semiótica* (A Coruña, 1992), José M. Paz Gago, José Ángel Fernández Roca, Carlos J. Gómez Blanco (eds.), A Coruña, Universidade. Servizo de publicacións, vol.2, pág. 183-196.
- Guillén Tato, J. F. (1935) *Repertorio de los MSS, cartas, planos y dibujos relativos a las Californias, existentes en el Museo Naval*, Madrid, Publicaciones del Museo Naval I.
- López Sarrelangue, D. E. (1968) «Las misiones jesuitas de Sonora y Sinaloa base de la colonización de la Baja California», *Estudios de Historia Novohispana*, N.º 2, 1968; págs. 1-67. [URL: <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/novohispana/pdf/novo02/novo02.html> (Última consulta: 20/08/2013)].
- Mathes, M. W. (1977) *Las misiones de Baja California 1683-1849*, La Paz, Aristos.
- (1983) «Una isla llamada California» en *III Semana de Información Histórica de Baja California Sur*, La Paz (México), Fondo Nacional para Actividades Sociales y Culturales Baja California Sur, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 1 al 5 de noviembre de 1982, págs. 95-105.
- Messmacher, M. (1997) *La búsqueda del signo de Dios. Ocupación jesuita de la Baja California*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Piccolo, F. M. (1699/1767) *Informe del estado de la Nueva Cristiandad de California, 1702*. Edición, estudio y notas por Ernest J. Burrus, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1962.



- Rodríguez de Montalvo, G. (1587) *Las Sergas de Esplandián*. Edición facsimilar con estudio de Salvador Bernabéu de la edición de Zaragoza de 1587, Aranjuez, Doce Calles-Instituto de Cultura de Baja California, 1998.
- Rubio Mañe, J. I. (1983) *El Virreinato*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Fondo de Cultura Económica, t. II.
- Rubio i Mora, A. (1991) «Los jesuitas en Baja California», *Cuadernos Hispano-americanos*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- Salvatierra, J. M.<sup>a</sup> (1792) *Misión de la Baja California*. Con introducción, arreglo y notas por Constantino Bayle, S.J., Madrid, La Editorial Católica, S.A., 1946.
- St. Clair Segurado, E. M. (2005) *Expulsión y exilio de la provincia jesuita mexicana (1767-1820)*, Alicante, Universidad de Alicante.
- Venegas, M. (1994) *Noticias de la California y de su conquista espiritual hasta el tiempo presente*, 3 vols. México D.F., Layac.

## FUENTES

- Carta del fiscal Don José de Espinosa, 16 de Mayo de 1702; Cartas diversas referentes a las misiones de los Padres Jesuitas en California (1701-03); Archivo General de Indias (desde ahora AGI), Sevilla; Descubrimiento, conquista y misiones de California, GUADALAJARA, 134. F. 695r-699r.
- Las citas que aparecen a continuación referentes a cartas e informes realizados por el misionero jesuita Francisco María Pícolo también las podemos encontrar junto a otros documentos en la obra de compendio documental: Pícolo, Francisco María (1962) *Informe del estado de la Nueva Cristianidad de California, 1702, y otros documentos*. Edición, estudio y notas por Ernest J. Burrus, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1962.
- Carta de Francisco María Pícolo, 10 de Febrero de 1702. Cartas diversas referentes a las misiones de los Padres Jesuitas en California (1701-03); AGI, Sevilla; Descubrimiento, conquista y misiones de California, GUADALAJARA, 134. F. 666r-673v.
- Tirsch, Ignác; Codex Pictoricus Mexicanus, 2. pol. XVIII. stol. (c. 1762). Biblioteca Nacional de Praga, República Checa. [URL: <<http://www.manuscriptorium.com>> (Última consulta: 12-Septiembre-2011)].
- Tomás de la Cerda y Aragón, Marqués de Paredes al Rey Virrey de Nueva España al rey, 3 de Septiembre de 1685; Cartas del Virrey, religiosos y otros

progresos en la conquista espiritual y temporal de California (1685-1747) [F. 385r-455r], AGI, Sevilla; Descubrimiento, conquista y misiones de California (1638-1728); GUADALAJARA, 134. F. 385v.

Juan Obispo de Guadalajara al Rey, Cartas del Virrey, religiosos y otros progresos en la conquista espiritual y temporal de California (1685-1747) [F. 385r-455r], AGI, Sevilla; Descubrimiento, conquista y misiones de California (1638-1728); GUADALAJARA, 134. F. 396r.

Carta del provincial de la Compañía de Jesús de Nueva España, Cristóbal Escobar y Linares, 30 Noviembre 1745, Expediente sobre escolta y defensa de misioneros jesuitas en California (1744-1751); Cartas y expedientes sobre el descubrimiento, conquista y misiones de California (1730-1751); Sevilla, AGI; GUADALAJARA, 135; F. 525v-526v.